

CRÓNICAS DE VIAJE

27. Promesas de político (antes Un golpe de suerte).
Producción de historia: Nashry Zaghy

28. Los pueblos.
Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

Promesas de político

Un golpe de suerte

Producción de historia: Nashry Zaghy

El concejal estaba encantado, en vísperas de elecciones y se le presenta semejante oportunidad... Ahora sí su partido llevaría las de ganar frente a la oposición.

La noche anterior, en plenas fiestas patronales, había aparecido la comisión internacional del Programa de Desarrollo y Paz regional; y Ubaldo Ortegón, concejal municipal, no los había dejado escapar. En plena tarima, frente a sus copartidarios, el Concejal había hecho la sorpresiva presentación: “Nicolai de la ciudad de Italia y Nashry de la ciudad de Libia, están hoy con nosotros. Vienen en representación de la comisión internacional del PDP, para traernos recursos”.

Inmediatamente, el público se abalanzó sobre los visitantes para pedir sus autógrafos. Todos querían una firma y unos deseos de estos potenciales benefactores.

Nicola Lombardi y Nashry Zaghy, estudiantes universitarios que estaban de intercambio en Colombia para hacer su práctica en comunicaciones con emisoras comunitarias, nunca habían firmado un autógrafo. Realmente nunca habían firmado nada diferente a las libretas de calificaciones en el colegio, cuando para ocultar una mala nota suplantaban la firma de sus padres.

¿De qué recursos hablaba el Concejal? Sus únicos recursos eran las cartulinas y marcadores con los que realizarían el taller del siguiente día. ¿Quién le había metido esa loca idea al Concejal? ¿Sería que su limitado manejo de la lengua española les había jugado una mala pasada, y los muchachos no se habían hecho entender bien cuando se acercaron al Concejal a contarle que querían convocar a los jóvenes para un taller de radios comunitarias? Ellos no sabían nada de los recursos de cooperación que manejaba el PDP. El padre Jorge estaría furioso con ellos durante días, después de este impase.

Mientras el pueblo ilusionado hacía una lista de proyectos para presentarlos ante la comisión de donaciones italo-libanesa, Ortegón celebraba con sus copartidarios este golpe de suerte: ¡Qué mejor oportunidad para conseguir esos voticos! En quince días serían las elecciones y los votantes se acercarían a las urnas agradecidos con él, por traerles los contactos que ayudarían a sacar adelante el pueblo. Finalmente, cuando los muchachos no regresaran al pueblo nadie se extrañaría ni culparía a Ortegón, cuántas promesas de campaña incumplidas, cuántas promesas de cooperantes inconclusas, y el pueblo seguía adelante. Tal vez culparan al PDP, tal vez a la cooperación. En todo caso, el Concejal sólo sería una víctima más de los engaños de la capital.

Los pueblos

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

A El Rosal se llega después de andar tres horas por una carretera destapada que sube, baja y vuelve a subir desde La Panamericana. Hace frío. Las calles son empedradas y alcanza a sentirse algo de fatiga entre una cuadra y la de arriba. No pasa lo mismo con la cuadra del lado, en la que está El Oasis, el bar de moda: cajas de huevos en el techo, paredes oscuras y con espejos, luz negra, bombillos rojos. No, no es un burdel: es un *rumbeadero* de lo mejor. Queda ahí, en la calle de arriba de la plaza, no la de abajo: esa es la principal, mejor conocida como “La Pavimentada”.

Los letreros hechos con pintura, “John y Patricia”, “Ángel y Diana”, tapan los jeroglíficos de las piedras, que quedan a menos de una hora en ascenso por una de las montañas de El Rosal.

San Sebastián es el pueblito de un pesebre. Cuando se ve desde lejos, en una loma se asoma el campanario, y al frente la iglesia. Parecen de maqueta: son blancos con bordes rojizos, y sí, están separados. Todas las casas son blancas y verdes con tejas de barro. Por su calle principal, que atraviesa todo el pueblo, suben y bajan todo el día policías armados que, a veces, se sientan en la trinchera que está entre el campanario y la iglesia, o en la que queda cerca del Puente Ricaurte, blanco y verde también. En San Sebastián se desayuna con trucha y chocolate caliente.

En Caquiona todo es pequeño, salvo los escalones. Al entrar a una casa se nota que el techo es bajito y las puertas chiquitas. A medida que se sube por escalones inmensos, todo se va haciendo menor. Ya en el último piso basta con levantar un brazo para tocar el techo, y para entrar a los cuartos hay que agacharse un poco. Por las calles de Caquiona los caballos caminan sueltos y las gallinas andan en los techos. El único café internet del pueblo abre a las siete de la noche, menos los domingos, que abre a las ocho de la mañana. En la iglesia prestan los santos para las novenas de difuntos. La corona del Sagrado Corazón apenas cabe por la puerta de las casas. Una chirimía los acompaña de regreso al templo de Mama Concia, la virgen india. El frío hace que las cosas permanezcan heladas: la ropa entre la maleta parece mojada. El pueblo tiene una vista privilegiada sobre el Macizo. Todas las tardes en Caquiona son una postal.

Valencia es un pueblo de 600 habitantes, pegado a un Batallón de Alta Montaña en el que hay mil hombres. Las casas están a ambos lados de una calle larga y plana de dos carriles: uno pavimentado, el otro no. En el separador hay una cruz de madera

a punto de caerse. Es el lugar más cercano a las lagunas del Macizo Colombiano: a unas tres horas de camino se llega a Cusiyaco, el agua de la alegría. No es buena idea irse solo a las lagunas. Lo mejor es pedir la compañía de alguno de los yanaconas que viven allí, no solo como guía sino como acompañante perfecto para las duras subidas a los páramos, que son más leves en medio de historias de duendes y espíritus. En una de las tiendas, que queda sobre el carril sin pavimentar, la botella de Buchanan's doce años cuesta 48.000 pesos. En la entrada del hotel más bonito del pueblo hay un letrero escrito a mano: "Sí hay pollos gordos".